

Vigésimo octavo Domingo. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Mc 10,17-30

En su tenor actual, el relato ilustra el tema de la absoluta disponibilidad exigible al discípulo de Jesús: la voluntad de Dios cumplida desde pequeños no es suficiente para ser compañeros de un Jesús en camino hacia la muerte. La renuncia a cuanto, siendo bueno, da seguridad es condición previa a su seguimiento. Jesús no soporta a su lado personas que cultiven otras fidelidades, que crean tener que responder de otras tareas que no sean el Reino. Ser perfecto no es cuestión de ganas; renunciar a los propios bienes no es posible con las solas fuerzas o sólo a base de entusiasmo por Jesús, el maestro bueno. Quien pueda hacerlo, debe reconocer la gracia de Dios. Y es que deja todo por seguir a Jesús quien ha sido elegido para ello. Discípulo es de Jesús no quien quiere, sino quien es querido; no por ser ya bueno, sino para serlo; no por tener muchos bienes, sino para obtener el Reino. Si no fue necesario ser ya bueno para seguir a Jesús, sí que es imprescindible no considerar nada mejor que Él, mientras vivamos en su compañía. No renuncia quien quiere alcanzar, se renuncia porque ya se tiene.

En aquel tiempo, ¹⁷cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó:
«Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?»

¹⁸Jesús le contestó:

«¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios.

¹⁹Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre.»

²⁰El replicó:

«Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño.»

²¹Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo:

«Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego sígueme.»

²²A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico.

²³Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos:

«¿Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el reino de Dios!»

²⁴Los discípulos se extrañaron de estas palabras. Jesús añadió:

«Hijos, ¿qué difícil les es entrar en el reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! ²⁵Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios.»

²⁶Ellos se espantaron y comentaban:

«Entonces, ¿quién puede salvarse?»

²⁷Jesús se les quedó mirando y les dijo:

«Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo.»

²⁸Pedro se puso a decirle:

«Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.»

²⁹Jesús dijo:

«Os aseguro que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, ³⁰recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más—casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones— y en la edad futura, vida eterna.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Tras la instrucción a los discípulos (Mc 9,33-50), que sigue al segundo anuncio de la pasión (Mc 9,30-32), Marcos presenta a Jesús por última vez en Judea como maestro, de multitudes y de discípulos, en su crónica del camino hacia Jerusalén (Mc 10,1-52). En concreto, nuestra escena (Mc 10,17-31) tiene como motivo la incompatibilidad de los bienes con el seguimiento de Jesús: *el bien del discípulo bueno ha de ser sólo el Jesús al que sigue*. Y para seguirlo tendrá que dejar todos los bienes que posea. Jesús no soporta que los buenos mantengan bienes propios en concurrencia con él. De los suyos pide dedicación exclusiva.

Es éste el único relato evangélico de vocación no respondida afirmativamente. No hay que olvidarlo. El recuerdo del encuentro con Jesús del hombre bueno, tanto como rico era, sirvió a la comunidad cristiana para darse respuesta a *la cuestión de los bienes* en el seguimiento de Jesús. Los primeros cristianos podían identificarse con los discípulos primeros, que habían abandonado todo por seguir a Jesús. Su llamada no había sido consecuencia de una vida de obediencia a la ley, sino respuesta a la invitación personal de Jesús.

El relato, compuesto con notable maestría, ha sido transmitido por los tres sinópticos (Mc 10,17-31; Mt 19,16-30; Lc 18,18-30). La versión de Marcos detalla mejor los comportamientos y los afectos de los protagonistas (Mc 10,17.21.22.24.26). Y se presenta, básicamente, como un diálogo continuado, en el que Jesús es permanente protagonista. Según sean sus interlocutores, un desconocido, los discípulos o Pedro, se distinguen tres escenas: el

encuentro de un joven con Jesús (Mc 10,17b-20), el comentario que Jesús dirige a sus discípulos (Mc 10,23-27), la reacción de los discípulos ante el radicalismo de Jesús (Mc 10,28-31).

El *diálogo de Jesús con el rico* (Mc 10,17b-22) se inicia un tanto bruscamente. En el camino, Jesús es abordado por alguien que no está interesado en él, en su persona, sino en sí mismo, en su propia salvación. De Jesús no pide beneficio alguno, sólo consejo (Mc 10,17.20). El encuentro se produce a instancias del desconocido. Jesús responde a las preocupaciones de su interlocutor, aunque sólo en apariencia; en realidad, le saca con maestría de su preocupación, algo egoísta, y le propone la perfección: de desconocido pasa a ser amado.

Tras la desaparición del rico, *Jesús comenta su fracaso con los discípulos* (Mc 10,23-27). El cuadro se abre y se cierra mencionando la mirada de Jesús (Mc 10,23.27), quien insiste, en una especie de catequesis sobre la entrada en el reino, sobre su dificultad (Mc 10,23.24.27). Los discípulos, asombrados primero (Mc 10,24), interesados después (Mc 10,26), son los destinatarios únicos de tal enseñanza y, por una vez, la entienden correctamente. No es que sea difícil para los hombres, es que sólo se le hace posible a Dios.

Pedro expresa la *reacción de los discípulos ante el radicalismo de Jesús* (Mc 10,28-31). La problemática personal del joven ha desaparecido totalmente del relato. Pedro, que da por descontado haber hecho ya lo que resultó imposible al joven, logra arrancar de Jesús una promesa de retribución, para ahora y para después. Cualquier cosa que se deje – y son siete las que se enumeran –, será tenida en cuenta; resulta llamativo, en efecto, que no se mencionen sólo, ni en primer lugar, las propiedades. Hay más cosas que dejar que los bienes materiales.

No es la ley la que conduce a la convivencia con el maestro: quien había sido desde su infancia intachable no logró permanecer con Jesús. Tampoco es la bondad personal la preparación mejor para el seguimiento de Jesús; haber sido ya bueno no es suficiente para serle compañero. El hombre rico cumplía ya todos los mandamientos desde siempre; Jesús llegó a quererlo y le propuso el seguimiento, imponiéndole rupturas inauditas y separaciones dolorosas: dejar sus bienes dejándoselos a los más pobres. Y es que *Jesús sólo es bueno para quien no posee otro bien*. No se puede tener a Jesús como maestro bueno, si se mantienen como propios algunos bienes.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

La pregunta que el joven puso a Jesús fue, sin duda, bienintencionada. Quería saber qué debería hacer para ganarse el cielo y se apresuró a preguntárselo a ese maestro bueno que encontró en su camino. Por eso llama aún más la atención que recibiera de Jesús una respuesta un tanto destemplada: *“no hay razón para llamar bueno a nadie más que a Dios; si conoces los mandamientos, sabrás qué hacer para entrar en la vida eterna”* (Mc 10,18-19). Cualquiera de nosotros, de haber recibido un trato semejante, habríamos cesado enseguida de interesarnos por un maestro tan inoportuno. El joven, para sorpresa del mismo Jesús, continuó el diálogo: *“todo eso lo he cumplido yo desde pequeño”* (Mc 10,20). Con tamaña confesión no pudo por menos de ganarse la atención de Jesús, quien - nos recuerda el cronista - se le quedó mirando con innegable cariño. Y Jesús, haciendo un alto en el camino, fijó su atención, y su corazón, en ese joven que había sido capaz de proclamar en público que siempre había cumplido con Dios.

Si al oír hoy el evangelio hemos sentimos un poco de envidia de este muchacho, que en un encuentro fugaz supo ganarse la atención y el cariño de Jesús, tendríamos que sentir también – algo de – vergüenza. A pesar de haber pasado tantos años ya en el seguimiento de Jesús, no podemos repetir sus palabras. El viejo discípulo, el cristiano de siempre, no puede decir, como dijo el joven extraño, que es un cumplidor exacto de la voluntad de Dios desde su niñez. Nada tiene de singular que nosotros, a diferencia de lo que ocurrió con el joven, no nos sintamos objeto de la mirada atenta de Jesús ni beneficiarios de las atenciones de su corazón. Jesús reserva su amor y sus atenciones para los que cumplen la voluntad de Dios y, no contentándose con ello, todavía le preguntan qué les falta por hacer. Quienes hacen todo lo que deben y aún quiere hacer más por Dios, éstos contarán siempre con el cariño y las atenciones de Jesús.

Más que quejarnos, pues, de Dios por lo desatendidos que nos tiene, deberíamos comprometernos hoy a atender mejor sus deseos y vivir según su voluntad. Si queremos ganarnos su amor, tendríamos que amar su querer. Quien anhele sentirse querido de Dios, tendrá que haber querido su voluntad. Dios, como Jesús en el evangelio, no puede resistirse a quien no le ha opuesto nunca resistencia; ama a quien nunca le ha desobedecido; no deja de mirar por quien siempre le ha contemplado. Como Jesús que se sintió encandilado con ese joven que se atrevió a confesarle su bondad de vida, Dios se queda prendado con quien le ama tanto como para hacer siempre su voluntad y, no obstante, andar preocupado por no hacer aún lo bastante.

Y como prueba del cariño que siente por el obediente, Dios, como Jesús con el joven rico, suele descubrirle lo que aún le falta por hacer, la renuncia que todavía no se ha atrevido a realizar, el sacrificio que ha estado siempre evitando, aun cuando haya hecho siempre la voluntad de Dios. Le invita al seguimiento personal, a una convivencia más continua, a compartir todo lo que Dios tiene y, por tanto, a renunciar a cuanto él pueda hacer heredado. Dios suele exigir, como hizo Jesús con el joven cumplidor, la enajenación de los propios bienes para poder ser Él sólo nuestro tesoro, para ocupar en nuestra vida, y en el corazón, el lugar que poseen nuestras posesiones. La lástima es que el joven prefirió mantener sus bienes a tener su bien en Dios; quien había tenido fuerzas para cumplir la voluntad de Dios desde siempre, no pudo perder sus posesiones para ganarse a un Dios que ya le amaba. Y ésa fue su tragedia. No pudo quedarse con Jesús porque no pudo quedarse sin sus muchas riquezas. De poco le sirvió tanta obediencia y el cariño de Jesús: sus bienes no le habían

impedido ser un buen creyente en Dios, un ejemplar cumplidor de su ley, pero le imposibilitaron ser un discípulo más de Jesús, su compañero de camino, el amigo de por vida.

Hay un detalle curioso en la escena evangélica. Nos enteramos que el joven era muy rico, sólo después de negarse a vender cuanto poseía. El joven del evangelio, que había sido toda su vida fiel cumplidor de la ley y que aún quería hacer algo más por su salvación, era muy rico y quería seguir siéndolo. Pensó que le merecían más la pena sus bienes que seguir a un buen maestro. Y así, él, el fiel siervo de Dios con quien Jesús se había encariñado, puso en peligro su salvación, al aferrarse a sus propios bienes. No importa saber cuánto poseía. Sus bienes eran lo suficientemente grandes en esta vida como para no seguir a quien bien le quería y como para poner en peligro su vida eterna.

No siempre los bienes de los que Jesús exige a los suyos enajenarse son económicos, aunque a éstos se refiera aquí Jesús explícitamente. Todo lo que, no siendo Dios, es capaz de ganarse nuestra confianza; todo, personas o cosas, sentimientos o proyectos, sobre lo que aseguramos nuestro futuro; todo a lo que preferimos no renunciar, aún a costa de renegar de Dios, son esos bienes que Jesús desearía vendiésemos cuanto antes; porque, como tuvo que aprender el joven bueno, para seguir a Jesús no basta ni la buena voluntad ni el cumplimiento exacto de la ley. Para seguir a Jesús es necesario deshacerse de cuanto nos ata a lo que no es él, despegarse de lo que nos impide acompañarle libres de equipaje; Jesús no quiere en su compañía discípulos cargados de cosas irrenunciables, poseídos por sus propias posesiones, preocupados por conservar lo que un día dejarán en esta tierra. Para poder ser él nuestro único bien, nuestro capital más seguro, impone no llevar provisiones para el camino ni mantenerse a base de bienes perecederos.

Haríamos mal en pensar que Jesús no nos dirige hoy una invitación semejante a la que dirigió a ese joven diligente. Refugiarnos en que aún no somos buenos, como lo era ya el joven cumplidor, no nos dispensa de buscarle para que nos indique, como maestro bueno, qué es lo que debemos hacer. Creer que no somos ricos todavía, o no lo suficiente, no nos libra de la llamada de Jesús a despegarnos de los bienes que creamos tener y que nos mantienen alejados de su persona y de su servicio. Andamos por la vida los cristianos cada vez más ricos de cosas, cada día con nuestras necesidades más urgentes mejor satisfechas, y pobres de Dios y escasos de alegría.

Sabemos que el joven era muy rico, porque no pudo desprenderse de su fortuna; y sabemos también que perdió la ocasión de quedarse con Jesús y la alegría de vivir: mantuvo sus bienes y se perdió a Dios. Lo peor que nos podría suceder a nosotros, discípulos ya de Cristo, sería que, no siendo tan ricos como aquel joven, no podamos tampoco desprendernos de nuestros bienes: ¡nuestros pequeños haberes serían nuestra gran pérdida! Todo a cuanto debamos renunciar para seguir a Jesús hoy, todo lo que nos impida, o demore, hoy el seguimiento de Jesús son los bienes que habrá que perder para no perderse a Dios, bienes que habrá que enajenar para gozar de la alegría y de Dios.

¡Qué duda cabe que tal renuncia es extremadamente difícil! Lo comprendieron los discípulos que ya acompañaban a Jesús, porque lo habían dejado todo para ir tras él. A ellos Jesús les descubrió el secreto: Dios hace posible lo que es imposible al hombre; convierte en mejor lo que no nos parece tan bueno. Quien sabe que tiene en Dios su bien, y su tesoro en el cielo, no soporta quedarse sin Dios y está dispuesto a sacrificar hoy cualquier otro bien -¡cualquiera! - con tal de no perderlo para siempre. Y nosotros, ¿cuándo terminaremos por 'saberlo'?, ¿cuándo acabaremos por hacer de Dios nuestro mejor tesoro, el único irrenunciable?